

CRISTINA PRADA

CANCIONES,
AMOR &
MANHATTAN



Una nevada deja a Ryan Riley, a los socios de Colton, Fitzgerald y Brent, al fiscal general del estado de Nueva York y a Michael Stearling encerrados en el Riley Enterprises Group.

Algo con lo que no están nada contentos, mucho menos cuando sus chicas están fuera, cuando se descubren secretos y cuando, en definitiva, las cosas no están yendo como esperaban.

¿Crees que una salida taponada por la nieve será suficiente para detenerlos?

Para todas las chicas Riley.

Capítulo 1

Ryan Riley

—Chicas, no sé si deberíamos. El señor Riley está ahí —apunta Linda.

—¿Ryan Riley? —pregunta Alex mirando a su alrededor—. Maddie me ha dicho que es guapísimo.

—Yo no te dije eso —protesto.

—Sí, es cierto. Dijiste que no estaba mal mientras ponías una sonrisita de lo más estúpida recordando, seguro, lo buenísimo que está.

—Alex —le reprocho.

—Bueno, ¿vais a decirme quién es?

—El chico de pie junto a la barra con ese increíble corte de pelo castaño claro, un traje a medida y los ojos más azules del mundo es Ryan Riley, el nuevo amor de Maddie —comenta con sorna Lauren.

—Ahora en serio, chicas. Ryan Riley es el último hombre en el que me fijaría —me apresuro a aclarar—. Lo único que ha hecho desde que lo conocí ha sido reírse de mí. Es odioso.

—Odioso, malhumorado, arrogante, mujeriego y la lista sigue y sigue —apunta Lauren.

TODAS LAS CANCIONES DE AMOR QUE SUENAN EN LA RADIO

—Los documentos del asunto de Astoria han sido fechados y entregados a primera hora de la mañana —me informa Tess mientras cruzamos la planta de Recursos Humanos camino de los ascensores—. El señor McKenzie ha concluido todas las gestiones del asunto Brown y la señora Stevens ha terminado la parte contable —añade, tendiéndome la tablet.

Reactivo el iPad justo cuando entramos en el elevador y reviso los números. Gracias a los últimos cambios conseguiremos que esas familias ahorren un tres y medio por ciento más anualmente. Buen trabajo.

—Colton, Fitzgerald y Brent lo esperan en la sala de reuniones —continúa—. El fiscal general del estado, Ethan Anderson, está llegando. La nevada ha retrasado su coche unos minutos.

Asiento al tiempo que miro mi reloj de pulsera. Salimos del ascensor. Es la última reunión del día. Con un poco de suerte, podré estar en casa para cenar. Hace horas que no veo a Maddie y estoy de un humor de perros. Quiero tocarla. De pronto empiezo a imaginar todas las cosas que pienso hacerle en cuanto la tenga en mi cama y el león se relame.

Va a ser una noche muy larga, nena.

—Capullo —me llama Bentley, saliendo a mi encuentro —, tengo algo que contarte.

—¿Qué? —contesto, tosco.

Ahora no tengo tiempo para el cotilleo de instituto que tiene que explicarme y del que seguro que se ha enterado por mi hermano Spencer. Son dos niñas.

—Esta noche tenemos fiesta.

—De eso nada —respondo sin una mísera duda.

—No puedes negarte.

Una media sonrisa de lo más arrogante se escapa de mis labios. Claro que puedo. Puedo hacer exactamente lo

que quiera.

Bentley parece leer mis intenciones, porque se encoge de hombros, manteniéndome el paso.

—Es en tu casa —me comunica.

Otra vez se equivoca. Nada ni nadie va a distraerme de Maddie esta noche, y sobra decir que no pienso permitir que nada ni nadie la distraiga a ella de mí.

—Vas a tener que buscarte otro plan —le dejo claro, entrando en mi despacho.

Me sigue. Es insufrible.

—¿Y dejar que me echés de menos?

—Sobreviviré —sentencio, rodeando mi mesa y abriendo una de las carpetas que tengo sobre ella.

—Qué arisco eres, joder —protesta con una sonrisa, deteniéndose al otro lado de mi carísimo escritorio—, pero, ¿sabes qué?, no me importa. Te quiero igual.

Finjo no oírlo.

—¿Alguna vez recuerdas que yo te pago y tú vienes aquí a trabajar? —planteo sin levantar la vista de los papeles que reviso.

—Vagamente —contesta, perdiendo su mirada más allá de la ventana. No deja de nevar—. El único motivo por el que acepté este empleo fue para poder currar en vaqueros. Nos vemos en tu casa a las ocho —anuncia justo antes de girar sobre sus ridículamente blancas zapatillas y encaminarse hacia la puerta.

—No va a pasar —le advierto, concentrado en lo que tengo entre manos.

—No te oigo —se burla, saliendo y cerrando tras él.

Lo que yo diga. Es completamente insufrible.

El intercomunicador suena en mi mesa.

—Señor Riley —es Tess—, el señor Anderson ha llegado.

Empieza el espectáculo.

Me dirijo a la puerta a la vez que me saco el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta. Abro el hilo de mensa-

jes con Maddie y, automáticamente, una lobuna media sonrisa se cuelga en mis labios.

No te haces una idea de todo lo que pienso hacerte esta noche.

Lee el whatsapp prácticamente en el mismo instante en que lo envío y empieza a escribir la respuesta. Los puntos suspensivos me indican que escribe y borra el texto varias veces. La he puesto nerviosa y eso me pone como una condenada moto.

¿Y podría explicarme exactamente lo que piensa hacerme, señor Riley?
Porque se me están ocurriendo varias cosas.

Sonrío. «Quieres jugar. Perfecto».

No pienso decirte una sola palabra más.
Quiero que te derritas, despacio,
solo con imaginar todas las posibilidades.

Yo juego mejor.

Me guardo el móvil en el bolsillo de los pantalones y entro en la sala de reuniones con el paso determinado hasta alcanzar la cabecera de la larga mesa.

«Vas a pasarlo demasiado bien, nena».

Al verme, Donovan Brent y Colin Fitzgerald dejan de hablar entre ellos, lo mismo que Jackson Colton y Ethan Anderson, y todos toman asiento.

—Comencemos la reunión —expongo, frío, sentándome—. Señor Fitzgerald —le doy pie.

Él asiente, se recuesta contra el respaldo de su silla y sonrío, lleno de satisfacción, seguridad y mucha arrogancia. Colin y sus socios del bufete son muy buenos; pueden permitirse el lujo de ser presuntuosos, pero cada reunión supone una prueba y esta es de las más importantes. Estamos hablando de remodelar Alphabet City, de conseguir que las familias de ese vecindario adquieran más recursos y ganen en calidad de vida, sin tener que enfrentarse a los aspectos

negativos de la gentrificación; nada de subida de alquileres ni de salidas forzadas. Eso mismo es lo que hicimos con los edificios de White Plains. Cuesta dinero, y mucho, pero para eso está el Riley Group. Sin embargo, todo me comportará el doble de esfuerzo si no convencemos a Anderson de cuáles son nuestras intenciones. Este hombre ha defendido Alphabet City con uñas y dientes. En otras circunstancias, ni siquiera me molestaría en explicarle mis planes y los llevaría a cabo con o sin él, pero me parece un tipo honesto haciendo algo honesto por esa gente. Se merece un respeto.

—Actualmente, Alphabet City es una de las zonas más deprimidas de la isla de Manhattan, con una de las mayores tasas de paro, pero pronto dejará de ser así gracias a tres líneas de acción: remodelación, empleo y microcréditos —concreta Fitzgerald—. Vamos a mejorar la vida de esas personas.

Las pantallas se iluminan y una serie de gráficos las llenan. La idea es simple y, justamente por eso, va a funcionar. El Riley Group remodelará los edificios, contratando para ello, en un sesenta por ciento, a desempleados del barrio. Además, con una línea de microcréditos, alquileres de locales y una partida de inversiones o participaciones, se levantarán pequeños negocios para cubrir las necesidades del vecindario, que serán regentados por los propios vecinos desempleados. Bentley estará encantado si lo logramos; en resumidas cuentas, es una revisión, moderna y capitalista, de una comuna *hippie*.

Golpean la puerta. Automáticamente miro hacia allí, con el ceño fruncido. Las reuniones no se interrumpen. Nunca.

—Adelante —doy paso.

Tess entra con el gesto serio y, tras disculparse, se dirige veloz hacia la cabecera que ocupo. Mi cuerpo entra en guardia.

—Señor Riley —dice, inclinándose discretamente sobre mí—, el señor James Hannigan está aquí y desea verlo. Di-

ce que es urgente.

«Maddie», pienso, y el león ruge desbocado, pero me obligo a tranquilizarme. Me he mensajado con ella hace poco menos de veinte minutos. Sé que está bien. Dejo que esa idea sea un bálsamo en mis venas, pero mi cuerpo no se calma. Tan solo pensar que podría ocurrirle algo, me hace perder el control.

—¿Ha comentado de qué se trata?

—No, pero le he oído hablar por teléfono con la señora Stevens —me explica, diligente. Tengo una secretaria cojonuda—. Está aquí por algo relacionado con Molly Sandford.

Frunzo el ceño de nuevo. ¿Qué puede haber sucedido?

—Busque a Bentley y pídale que vaya a mi despacho —le ordeno—. Asegúrese de que los dos me esperan allí.

Tess asiente y se retira.

Reanudo la reunión y acelero el ritmo. Colton, Fitzgerald, Brent y el fiscal me siguen. Mejor. Si antes tenía prisa, ahora tengo mucha más. No pienso perder el tiempo.

Una hora después, tenemos todos los puntos atados y hemos firmado una veintena de contratos. Alphabet City será un buen lugar para vivir.

Me despido sin muchas ceremonias y salgo flechado de la sala de reuniones hacia mi despacho.

—Señor Riley —sale a mi encuentro Tess.

—Ahora no —la freno, sin dejar de caminar, pasando junto a ella.

Ya no me preocupa que Bentley y el gilipollas de Hannigan se partan la cara, o, al menos, eso ya no parece tan probable como antes, pero, aun así, han conseguido preocuparme. ¿Qué le ha pasado a Molly?

—Señor Riley —repite mi secretaria a mi espalda.

Finjo no oírla.

—Señor Riley —me llama por tercera vez, y su vehemencia, y sobre todo el hecho de que no haya aceptado un no, me hacen detenerme en seco y girarme hacia ella.

¿Qué coño está pasando aquí?

—Es la nevada, señor —anuncia, nerviosa y concisa—.
Estamos confinados. No podemos salir del edificio.

Capítulo 2

Jackson Colton

Lo miro y sencillamente creo que es el mayor error que puedo cometer. Está tan guapo que duele. En realidad, como siempre lo ha estado. Sería injusto decir que su belleza me cegó, pero no es ninguna tontería admitir que me puso las cosas complicadas. Su magnetismo es absolutamente perturbador. El hombre dominante y controlador, el de los exquisitos modales y la boca sucia, el dios del sexo y ese otro atento que en raras ocasiones deja salir, es una mezcla que puede dejar KO a cualquier mujer. ¿Por qué tuvo que elegirme a mí?

MANHATTAN EXCITING LOVE

—Beatrice ya se ha encargado de reservarnos mesa en el Malavita —comenta Colin, guardándose su iPhone en el bolsillo de los pantalones.

—Beatrice y Lincoln —interviene Donovan, con la mirada dramáticamente perdida al frente, con la única intención de fastidiarlo—, qué bonita historia de amor.

—Déjame en paz —bufa el pelapatatas.

—¿Ya ha dejado de arrojarte por las noches para irse de juerga con Lincoln? —insiste con la broma. Una sonrisa se cuelga en mis labios. La exquisita maldad de *Miss Alemania* está en plena forma. El irlandés finge no oírlo—. Aunque no creo que solo queden para irse por ahí de fiesta. Seguro que tienen sexo —sentencia, exagerando lascivamente, algo que preferiría no haber oído, cada letra de la última palabra.

—*Miss Alemania* —le rebate Colin con una fingida y condescendiente resignación y una media sonrisa en los labios. Todos nos detenemos junto a los ascensores—, no eres ni la mitad de ingenioso de lo que crees y, *mi Beatrice* —continúa, usando el posesivo de la misma manera que haría un niño con su madre—, no práctica sexo ni con Lincoln ni con nadie. Salen, hablan, toman café...

El alemán pulsa para llamar al elevador y los dos nos miramos y sonreímos, planteándonos —o, mejor dicho, peleándonos—, sin palabras, quién le rompe su burbuja.

—Qué extraño —interrumpe el propio Colin nuestras intenciones—. El ascensor no va. ¿Le has dado al botón? —le pregunta a Donovan.

—No, me gusta mirarlo fijamente hasta que se ilumine solo para ver si me contratarían como jedi —replica.

—Dime la verdad, ¿cuántas cosas te has quedado mirando para ver si se encendían solas? —contraataca Colin.

Me agunto una sonrisa y Donovan lo fulmina con la mirada. Es un cabronazo.

Le echo un vistazo a mi reloj de pulsera, el que me regaló Lara estás Navidades; son más de las ocho. Quiero largarme. Malavita, Archetype y Lara. Ese es mi plan.

—Queréis parar de una vez y apretar el condenado botón. —Tan pronto como lo digo, yo mismo lo pulso.

Entonces son Donovan y Colin los que me observan a mí.

—Ahora que el gran Jackson Colton ha llamado al ascensor, que no le quepa a ningún mortal ninguna duda de

que el aparato obedecerá —se burla Colin, con voz profunda.

—No lo dudes —fanfarroneo con una media sonrisa.

El pelapatatas resopla, a punto de echarse a reír. Sin embargo, tras unos segundos, las puertas continúan sin abrirse.

—¿Qué coño pasa?

—Disculpen, señores —oímos una voz a nuestra espalda. Es la secretaria de Riley—; me temo que la nevada ha empeorado muchísimo mientras estaban en la reunión y nos ha dejado aislados en el edificio.

¿Qué?

Lara. Las chicas. ¿Están bien?

Mis amigos y yo nos miramos incrédulos y, para qué negarlo, con el inicio de un cabreo monumental arrasándolo todo. No podemos quedarnos atrapados aquí.

—¿Está diciéndonos que no podemos salir? —indaga Colin.

Tess asiente, compungida, aunque sin perder un átomo de profesionalidad.

—Joder —gruñe Donovan, alzando las manos.

—¿Y el resto de la ciudad? —plantea Colin, frío e inexpugnable, pero es obvio que está preocupado—. ¿Sabe si se han quedado más edificios aislados?

—El Rockefeller y el Chrysler están igual —responde—, pero el problema no va más allá del centro.

Los tres respiramos aliviados, y creo que lo hacemos exactamente a la vez. Vivimos en el Upper East Side, y hace horas que nuestras chicas salieron de la oficina. Están a salvo.

—Voy a llamar a Katie —anuncia Donovan, alejándose unos pasos al tiempo que se saca el teléfono del bolsillo interior de la chaqueta, aunque estoy convencido de que ha pronunciado esa frase con el objetivo de tranquilizarse a sí mismo más que para informarnos a los demás.

Cojo mi iPhone. Quiero hablar con Lara.

—Muchas gracias —despide Colin a la secretaria.

No sé qué responde ella. No me importa lo más mínimo.

Un tono. Dos tonos. Tres tonos. Coge el puto teléfono, Lara. Cuatro tonos.

—Hola —descuelga, alegre, al otro lado.

—¿Estás bien? —inquiero sin dejar que ninguna emoción inunde mi voz.

Lara se da cuenta de que no estoy jugando, porque no tarda más de un segundo en responder.

—Sí, claro que sí. ¿Qué ocurre?

Doy una bocanada de aire, apaciguando lo que me estaba ahogando por dentro. Necesitaba oírse lo decir.

Colin también está llamando. Es obvio que a Audrey.

—Estamos en el Riley Enterprises Group. La nieve nos ha dejado encerrados en el edificio.

—Pero ¿tú cómo estás? —prácticamente me interrumpo, y una suave sonrisa se cuelga en mis labios. Ahora es ella la que está preocupada. No puedo evitar que eso me haga sentir cojonudamente.

—Hace falta algo más que una nevada para ponerme nervioso.

Puedo imaginar una sonrisa de lo más impertinente al otro lado.

Frunzo el ceño. Donovan, todavía al teléfono, parece realmente cabreado.

—Ni los fenómenos meteorológicos pueden contigo, ¿eh, Colton? —señala, socarrona.

Vuelvo a fijarme en los chicos y todo parece aún más extraño. Donovan cuelga y se lleva las manos, incluida la que aún conserva en el *smartphone*, a las caderas al tiempo que pierde la mirada al frente, con un humor realmente pésimo. Colin, al teléfono, lo observa muriéndose de risa. ¿Qué demonios pasa?

—Eso deberías saberlo —sentencio.

Lara guarda silencio y estoy seguro de que se ha sonrojado. Maldita sea, ¿cómo puede conseguir que me entren ganas de follármela sin ni siquiera estar aquí?

—Supongo que ya no hay cena en el Malavita —murmura para reconducir la conversación, pero soy plenamente consciente de que se siente exactamente igual que yo.

—No pienso renunciar a esta noche. Saldré de aquí —le aseguro, sin asomo de dudas—. Y vamos a recuperar el tiempo perdido.

—Eso suena tentador...

—No te haces una idea de cuánto, Ratoncita.

¿Quién necesita ir al Malavita? ¿Quién necesita alimentarse, joder? Yo solo la necesito a ella.

—Jack... —empieza a decir, pero una voz de chica, juraría que es Katie, la llama.

Hablan, pero no logro distinguir de qué. «No sé», responde Lara. «¿Estáis seguras?», añade. Un minuto más de murmullos hasta que al final se oyen risas e incluso algunos vítores. ¿Qué coño está pasando?

—Jack —repite al fin—, Katie, Audrey y las chicas están aquí. Vamos a ir a cenar y después a tomar una copa al Archetype.

¿Qué? ¿Al Archetype? No. Ni de coña.

—Ha sido idea de Lola —añade, divertida.

Ahora entiendo el cabreo de Donovan.

—Lara —la advierto, tratando de ordenar las ideas en mi cabeza.

No van a irse todas al Archetype para que algún gilipollas se lo pase de cine solo con observarlas.

—Tengo que marcharme —me cuenta—. Si llegamos tarde, perderemos la reserva.

—Lara... —la llamo de nuevo.

No va a ir a ninguna parte.

—Te quiero.

—Lara...

Pero cuelga sin darme oportunidad de decir nada.